

FRIDA

Rafael Romano

Personajes

Voces grabadas: por orden de aparición

Madre de Frida
Padre de Frida
Médico
Diego Rivera
Alumno 1
Alumno 2
Alumno 3
Andre Breton
Nick
Policía
Coronel
Trotsky

ESCENA I

(Oscuridad total. Se oyen truenos y una torrencial lluvia. Al fondo se va iluminando lentamente una ventana. Cruzan entre los árboles fugaces rayos. Apoyada sobre el marco izquierdo de la ventana, Frida mira hacia fuera, envuelta en un rebozo y sosteniéndose en un bastón. (De pronto se forma un arco iris y la lluvia se hace menos intensa aunque continúan los truenos).

Frida.— Eterno arco iris, jamás se borrarán de mis ojos tus incandescentes colores. Muchas veces me he preguntado quién ha creado la materia y le otorgó esa maravilla que se llama color. Es, en el momento que aparecen, cuando empiezo a imaginarme todo lo que en mi niñez relataba mi padre. Con su parsimoniosa voz se sentaba a un lado de mi cama y, resonando en mis oídos sus palabras lentamente, me iba figurando todo lo que él me narraba. Qué don tenía para enhebrar historias y conjugarlas con humor y hasta

escenas reideras. A veces temblaba de miedo; luego, como él se daba cuenta de mi escalofrío, sacaba como un mago a relucir historietas de seres que volaban y se perdían en el cielo y, desde allí, él convocaba a los del mundo más alejado para que todos llegaran a satisfacer a su Frida. ...Así era el día que nos dejó y así fue el primer cuento que vi reflejado ante esta ventana.

(Poco a poco con esfuerzo, cojeando, se va dirigiendo hacia el proscenio. Se detendrá y luego acercando un sillón, se recuesta).

Frida.— Esa luz somnolienta, huidiza, casi penetrada por una penumbra resquebrajada. Todo era en aquel tiempo un desorden en el cielo, la tormenta me aterraba pero los cuentos de mi padre inundaban mi cabeza y, como una loca, la imaginación veía correr las gotas por sobre las ramas barnizadas de los árboles como si fueran seres muy extraños; y, al llegar hasta una hoja, se detenían y formando un haz se hinchaban y caían al suelo. Saben que así descubrí cómo el poder de la naturaleza construía por doquier charcos que nosotros, en bandada, como si escapáramos de la prisión, nos dedicábamos a enturbiar el brillante espejo.

A veces veo en los rincones cómo todos los objetos quisieran hablarme y seguir contándome como antaño, pero yo les digo: todo ha pasado y cómo ha pasado, en qué forma atroz ha sucedido todo y en qué forma, como las gotas, me fui uniendo un día y otro día de paciencia, de entusiasmo, de amor por ver más allá de las cosas las mil caras de la vida. Sí, yo he llegado a ver muchas caras. Como si ahora me pusiera una máscara y ustedes observaran a Frida, la niña mimada de su padre.

(A la derecha se ilumina una mesa, una estantería con platos artesanales y una silla, mientras Frida se coloca una bata de muchos colores que la cubre hasta las rodillas. (Se dirige hacia la mesa y se sienta).

Frida.— (Se apoya sobre una hoja de papel, toma una lapicera y como buscando las ideas en el aire titubea). ¡Uhm!... Tengo que escribirle esa carta... Me lo he prometido, pero debo hacerlo a escondidas de mi madre... ¡Oh!... Si se entera... Ustedes no saben qué genio tiene... Me regaña por cualquier cosa... ¡Oh!... Qué diferencia con papá... Él es toda ternura... Bueno, mamá también es tierna, pero más enojada que nada... (Mira hacia atrás observando si llega alguien). Debo cuidar mis espaldas. (Ríe). A veces se me amontonan tanto las ideas que no

sé por cuál empezar; es la primera carta que debo escribir. Yo ya sé que hay saludos, preguntas y otros chismes, pero esta carta debe ser muy importante para que pueda seguir recibiendo otras... (Baja la voz y se pone intimista). Luego les diré de quién se trata... ¡Oh!... Es un ángel... Lo veo por las noches antes de dormirme que me lleva en sus alas muy grandes y desde el cielo nos vamos a un paraíso que hemos elegido... Porque hay muchos allá arriba y allí nos sentamos hasta que...

Madre.— (Voz grabada) Friiidaaaa... ¿Dónde te has metido...? Niña diablo...

Frida.— (Intimista) Ven... Estaba en lo mejor del viaje y mi madre, siempre inoportuna me llama... ¡Ah!... (Alza la voz). Aquí estoy...

Madre.— Ve a buscar por favor los elotes para los tamales.

Frida.— Está lloviendo mucho...

Madre.— Solo unas gotas caen... Ponte una capa y ve volando...

Frida.— Volando pero para comprar elotes... ¿Por qué los elotes no vendrán a nosotros cuando los necesitamos...? (Cambia). Pero aunque me regañe... total, hay tiempo... La fiesta en lo de Lupe es pasado mañana, así que primero haré la carta.

Madre.— ¿Frida, ya te has puesto la capa?... Toma el dinero... No lo pierdas ni lo gastes en majaderías... (Cambia) Pero ¿qué haces, muchacha?.

Frida.— (Turbada) Es que... Quiero terminar una página de este libro que me trajo papá anoche...

Madre.— (Con enojo) Deja esos libros; qué tantos libros... Mejor que te traiga para tejer o recetas de cocina... Eso es lo que debe hacer una mujer a tu edad... Y no me canses, por Dios... Ve por los elotes.

Frida.— Querido Alex... En tu cartita amorosa me preguntabas cómo era mi casa... Te la describiré (se pone a escribir) la casa está en Londres y Allende... Toda pintada de azul... Es mi color favorito... Altos ventanales, de muchos cristales... Por allí veo a mis amigos los árboles y las flores... Las calles son estrechas: algunas empedradas y con unos amigos que ya te presentaré un día cuando vengas, nos vamos a los viveros de Coyoacán y nos entretenemos arrojando hojas secas al río que pasa por allí... ¡Qué hermoso es todo esto! ¡Hermoso es todo esto!... Quisiera pasarme la vida escribiendo cosas así...

Madre.— Por favor, Frida... Ve con prisa.

Frida.— (Cierra el sobre y lo esconde entre sus ropas a la altura del pecho y sale) Ahora al buzón... ¡Oh! Que llegue pronto... Esta es mi primera carta... Espero no desilusionarlo... (Sale).

ESCENA II

(Frida está en la cama recostada y tiene sobre las rodillas un caballete. Pinta una acuarela. Por la ventana entra el sol y se oye el trinar de los pájaros).

Frida.—El médico dice que, si me cuido, pronto estaré en condiciones de ir a la escuela... ¿Quién iba a decir que me iba a dar poliomielitis... ¿Por qué vendrán las enfermedades a los niños cuando tenemos que estar correteando y, como yo, subiéndome a los árboles?... ¡Ah!... Pero en cuanto esté mejor volveremos con los cuates a las travesuras... (De pronto se inclina, busca en el suelo y recoge una estatuilla) ¡Oh!... Te había dejado abandonada: es el último regalo de mi padre... (Mira hacia la pared en el reloj colgado). Ya falta un minuto... Es puntual en su llegada... Como buen alemán... (Se oyen lejos voces grabadas). Ya... llegó casi en la hora.

Padre.—(Voz grabada) Ya estoy contigo, Frida... Déjame quitarme estos zapatos, los traigo inundados por los charcos...

Frida.— Gracias por la estatuilla que me trajiste... ¡Qué hermosa es!... ¿Quién te la regaló?

Padre.— Un amigo que colecciona... Cuídala... Es auténtica...

Frida.— (Manosea la pieza). En cuanto lleguen mis amigos se la mostraré. (Deja caer la pieza sobre su pecho y su mano cae sobre el borde de la cama). ¿Por qué debo enfermarme?... Si yo quiero correr y divertirme con mis amigos... (Cambia). ¿Saben que tenemos una pandilla?... ¡Ah! Les contaré... Nos reunimos todos los días para planear nuestras actividades... Un día mi amigo Alberto se disfrazó de Cupido... Porque estábamos en Carnaval y este loco dijo: voy a secuestrar un tranvía; ¿quieren venir a dar un paseo?... Estás delirando, le dije... Ven, me invitó... No, mi padre se enojaría si me viera de cómplice contigo... Pero él lo hizo y se dio la gran fiesta atravesando calles con el tranvía... No sé cómo se las ingenió para conducirlo y no chocar con otro vehículo... Pudo haber pasado una tragedia... Pero se reía después de la proeza.

(Se oye música de piano, sonata de Beethoven).

Frida.— Es papá... Siempre llega, se sienta al piano y ejecuta sus sonatas: es un amor que tiene por Beethoven... ¿Lo escuchan, verdad?... Él ejecuta para nosotros... Aunque creo que lo hace porque me gusta mucho la música... Me ha querido enseñar, pero siempre estoy en la

calle... Trepada de un árbol... O haciendo la tarea de la escuela o los mandados para mi madre... (Se oyen voces). Debe estar por llegar mi querida amiga Carmen... Nos conocimos hace mucho en una fiesta... A veces nos ganamos dulces porque nos echamos unos volados con los vendedores ambulantes... Pero ahora eso está vedado... (Suspira). ¡Serán muchos meses de encierro!... ¡Ah!... Si no fuera por mi hermana Matilde, la vida aquí en la cama sería un martirio... Ya la van a conocer... Cuando le robé unas pinturas a mi padre y me puse a garabatear unas figuras, ella pegó un grito y dijo: Frida, vas a ser una pintora famosa... Todos te aplaudirán... Y yo riendo le dije: pareces una pitonisa que averigua el futuro... (Toca el caballete que tiene sobre las rodillas). Este caballete me lo hizo ella... Es un amor... Ella es hija del primer matrimonio de mi papá... pero yo la quiero como si fuera de mi misma sangre... (Se acentúan los compases del piano). ¿Verdad que toca hermoso papá?

Padre.— (Desde lejos y voz grabada) ¿Qué quieres escuchar ahora?

Frida.— Lo que tú quieras, todo me gusta...

Padre.— ¿Cómo te sientes?

Frida.— Es que me aburro mucho, papá...

Padre.— Ya estamos cerca de la hora de hacer los ejercicios que te ordenó el médico. Piensa que, si no los haces, el tiempo en la cama se alargará... Y ya no te querrán los cachuchas...

Frida.— Es que ellos sin mí no saben organizar nada... Se pelean siempre porque quieren ser líderes...

Padre.— Como buen líder que eres... debes tener mucha paciencia.

Frida.— ¿Sabes que la estatuilla que me regalaste parece que es un líder?

Padre.— Tienes buena imaginación... A mí, no se me hubiera ocurrido.

Frida.— (Recoge la figura y la observa). A veces veo que son dos figuras...

Una de ellas es el líder y la otra una mujer que está embarazada...

Padre.— Esas piezas precolombinas tienen todas un enigma indescifrable.

Frida.— (Altanera) Yo lo descifraré... (Cambia). ¿Sabes una cosa? Voy a pintar muchas de esas figurillas pero con los colores del arco iris.

Padre.— (Risas).

ESCENA III

Frida está sentada pintando un cuadro pequeño colgado de la ventana. (Se ha restablecido de la poliomelitis, pero su andar es defectuoso).

Frida.— La vida de mi padre, a pesar de su ataque de epilepsia que tan a menudo sufre, constituyó siempre un gran apoyo para mis estudios. Yo lo acompaño a todos lados, lo ayudo cuando él va a sacar algunas

fotografías y, cuando pinta sus acuarelas, yo hago lo mismo a su lado. En cambio, mamá no quiere ni que me acerque a la pintura... Cocinar... Tejer y tener hijos esa es la labor de la mujer, me grita siempre... Lo único que pienso que es verdad es lo último... Tener hijos... Mi vida se completará un día, si tengo muchos hijos... Si los puedo ver a mi lado como mi padre me ve a mí. (Se levanta y camina hacia el público). Una tarde estábamos merendando y oímos como tiros a lo lejos. Yo me acurruqué en los brazos de mi padre. Parecía que miles de personas estaban disparando hacia nuestra casa, montones de piedras que caían sobre el techo y contra los vidrios. Pero estos no se quebraban. (Se escuchan tiroteos y lamentaciones a lo lejos).

Frida.— Yo me escabullí debajo de una mesa. (Se coloca debajo de una mesa y desde allí prosigue). Mientras, mi padre se acercó a la puerta de calle y desde allí llamaba a mi madre y a mi hermana.

Padre.— (Voz grabada). (Gritando) Por favor, ayúdenme... Son los soldados de Zapata... Vienen heridos y muertos de hambre... Preparan para hacerles curaciones...

(Se oye el ruido del abrir de puertas y ventanas. Lamentaciones y voces).

Frida.— (Desde debajo de la mesa). Yo no me movía para nada... En ese momento sentí que alguien me tocaba la espalda y se acomodaba a mi lado... Pensar que podía ser alguno de los soldados heridos que tenía miedo que lo mataran; era para mi suerte mi amiga Carmen envuelta en una capa negra... Por eso le decíamos la “vampiro” y allí nos quedamos varias horas... Por un momento nos olvidamos de los gritos y los llantos de los pobres hombres a quienes veíamos, desde nuestro escondite, todos sucios y ensangrentados... ¡Qué horrible!... Mi madre corría de un lado para otro llevando en sus manos montones de tortillas y mi hermana con recipientes humeantes que debían ser frijoles recién calentitos. De pronto, como el ruido de las balas se intensificaba, mi amiga me dijo: “Como no vamos a salir de aquí, qué te parece si nos ponemos a contar los tiros como si fueran frijoles que hacemos caer en un bote muy profundo?” Así nos pasamos hasta que al final mi madre nos sacó a la fuerza para que fuéramos a ayudar a mi padre y a mi hermana y se nos acabó el juego... Pero el espectáculo que vimos fue para no olvidar... Sobre el suelo, porque no alcanzaban las camas, estaban los pobres heridos con un ojo tapado o con una venda en la cabeza; otros agarrándose una pierna mientras algunos tambaleaban para acercarse hacia una

silla... Uno tenía la mano destrozada... (Ha salido de debajo de la mesa y ante el público). ¡Qué impacto fue aquella mañana en que mi padre con ese amor fraternal ayudaba a quienes jamás en su vida había conocido. Pero, decía, son seres humanos. Ese momento fue cuando más me aferré a mi padre para siempre y dejé a un lado a mi madre, al escuchar una conversación en medio de la tragedia, que me dejó anonadada...

Padre.– (Voz grabada) Hay que ayudarlos... Entiéndelo, mujer.

Madre.– (Voz grabada) ¿Qué sabes tú quiénes son estos hombres?... ¿Y si vienen a buscarlos y nos llevan a todos... a tus hijos...?

Padre.– Yo me encargaré de explicar... Nadie abusará de nuestra casa por cumplir con un sentido de humanidad...

Madre.– Tú eres el responsable de lo que nos pueda pasar... Y más, díles a los soldados que una vez que hayan comido que se lleven algunas tortillas y unos tamales y que se larguen...

Padre.– Jamás dejaré que los terminen a balazos en la calle... Sé un poco humana, mujer...

Frida.– Aquello fue para mí una visión tan desconcertante que por momentos pensaba si mi madre era nuestra o pertenecía a los que estaban persiguiendo a las gentes de Zapata. (Pausa). Tal vez en ese instante tuve conciencia de que el dolor muy pocos lo pueden interpretar y llevarlo a su corazón... Mi madre se había mostrado fría y temerosa; en cambio, mi padre, solidario, humanitario y sin pensar en las consecuencias que esa actitud pudiera ocasionarle, me transmitió un mensaje de fraternidad. ¡Cómo hay momentos en que el ser humano debe sentirse conmovido por su tragedia sin pensar con una lógica fría en lo que puede sobrevenir después!

Me sentí a una distancia infinita de mi madre y comentando –el día que ayudé a mi hermana a huir de mi casa, porque se había enamorado de un muchacho, locamente– con mis amigos les dije que, si no nos sentimos solidarios unos con otros, nos pueden hacer pedazos. Era la forma en que me encaminaba hacia una postura social donde percibía las angustias de las gentes, sus aspiraciones y sus carencias. En aquel momento mi vida tomó un rumbo diferente. Yo amé a todos los heridos y a los hambrientos y por momentos –le contaría después a mi padre– me sentía con ellos, cambiando palabras y comentando la desgracia de aquel día sangriento. Sentí correr por mi interior una corriente que me arrastraba a luchar por la justicia, a no medir si ello me perjudicaba o me glorificaba; solamente era deber hacerlo y nada más. Ese fue el camino de mi vida que me tracé; sin lucha. Frida –me dije– nada estará a tu alcance; así que a derribar barreras y esperar siempre que en el cielo

haya un arco iris que nos nutra de color y, al mismo tiempo, un enigma como son esos colores.

ESCENA IV

(Frida está sentada escribiendo una carta).

Frida.— Querido Alex, tengo una cantidad de noticias que proporcionarte, pero creo que la más impactante es que Matita ha hecho las paces con mamá... Aunque mamá no dice claramente que está conforme con la travesura que hizo su hija. Pero aquí la tenemos, nos visita dos veces por semana y nos ayuda mucho. Se piensa casar porque su novio quiere las cosas legales, lo cual me parece muy interesante pero no importante. Para mí que se amen y basta. Las apariencias si ni se cubren que la gente aúlle como perros. Te quiero mucho y en la última carta que me enviaste me pides que te envíe un retrato. Sabes que mamá no quiere que vengas a casa, cosa que debes comprender... Mira... Soy muy inquieta, como te habrás dado cuenta por las anteriores cartas... Un poco regordita, pero no te espantes, tengo un hoyuelo en el mentón que, dice mi padre, es muy simpático y en mis ojos se advierte siempre, según también mi padre, la picardía; así que debes acostumbrarte a mis diabluras. Te quiero, Frida. (Pone la hoja en un sobre. Lo pega, lo cierra y con él en la mano se encamina hacia el proscenio). Las cartas, cuánto podría decir o cuánto queda en nuestro sentimiento. Según parece, sus padres no le permiten que me visite y, por mi lado, es mi madre la que se opone a que siendo tan jovencita ya pienso en casarme sin saber hacer comidas ni tejer. Pero, ¿saben cómo yo burlo esas limitaciones? Pues nos vemos en el centro de México y de allí nos vamos paseando: luego tomamos el camión y nos venimos unidos de la mano y mirándonos como si buscáramos el uno al otro penetrarnos en nuestro interior y conocer los laberintos de nuestros sentimientos. Esa tarde, el sol radiante iluminaba a la gente y a los árboles y les daba un toque que por momentos al mirarlos me parecía que estaban encantados. Todo me sonreía. Hasta los rostros de la gente que iban en el camión se llenaban de gozo al mirarme, como si desearan hacer amistad con nosotros. Pero, de pronto, como una furia enceguecida movida por miles de animales salvajes, nos envolvió y todo quedó en medio de quejidos, llantos y palabras que muchas de ellas quedaron en el vacío. (Sonido del choque del tranvía con el camión. Voces y gritos. Sirena de ambulancia. Se puede apoyar el sonido con alguna foto del choque).

ESCENA V

(Frida en una cama de hospital. Le están suministrando suero. Detrás de una cortina de largos flecos, la silueta de dos hombres. Dialogan).

Padre.– (Voz grabada) ¿Se salvará, doctor? Por favor dígame.

Médico.– (Voz grabada) Dentro de la desgracia podemos ser optimistas.

Sí se salvará, pero su columna ha quedado muy destrozada... Hay por lo menos tres fracturas... Eso es lo que me preocupa...

Padre.– ¡Oh!... Santo cielo... ¡Pobre mi niña!...

Médico.– A ello hay que agregar la fractura de la clavícula y la tercera y cuarta costilla...

Padre.– ¿Y las piernas?... Doctor... ¿qué pasa?. ¿cómo se encuentran?...

Médico.– Es necesario hacer un gran trabajo, que llevará tiempo.

Padre.– Yo me pregunto ¿por qué le ha sucedido a mi Frida esta calamidad?

Médico.– Fue un terrible accidente; descuido del conductor del tranvía.

Padre.– ¿Están afectados sus otros órganos, doctor?

Médico.– Desdichadamente un hierro del camión se introdujo en su abdomen, dañó los riñones y la perforó, provocándole la pérdida de la virginidad.

Frida.– (Desde el lecho) Mi padre no se movió durante meses de mi lado... Mi madre, fue tal el impacto, que enmudeció por días. Allí fue cuando penetré en las tinieblas más inauditas y pensé que, si aún se movían imágenes ante mis ojos y las ideas arreciaban en mi cerebro, me podía dar por satisfecha. Hacia la vida, me dije, a soportarlo todo y amarlo todo... Nada de barreras ni de prejuicios. Que el ser humano se vea como yo me veo en ese espejo. (Se ilumina encima de ella un espejo). Descubro en ese accidente el punto de partida de una ensoñación, de una naturaleza que no había descubierto en mí y que, de no haber sido por el golpe, hubiera permanecido en silencio. ¿Hacia dónde voy? Me pregunté de inmediato y de inmediato me respondí: hacia todos lados. Como una gaviota en el cielo que puede darse el lujo de luchar hasta contra el viento que le niega el acceso a otros horizontes. Nada me detendrá en este impulso, será la Frida que ha soñado mi padre y escucharé las sonatas mientras mi pincel rasgue la tela penetrando como un dardo en la corteza de la tierna naturaleza humana. Todo será entre sobresaltos y allí precisamente habré de descubrir la vida. La sangre correrá por mis telas como corre por mis venas y me cubrió en aquel accidente. Y las figuras y los rostros humanos estarán convertidos en árboles y los árboles en seres que

amen y se abracen. Nada quedará en mí, desconectado; todo se hará por la unión de los contrarios para formar el uno que somos en el absoluto de los silencios. (Pausa). Solo dialogaba con mi padre, parecía que él sabía más que ninguna otra persona entender mi desgracia. Una mañana mientras él preparaba los botes de pintura –pues apenas me enyesaron– pedí al médico que al menos me autorizara a proseguir con la pintura. Después de todo a través del color yo viajaría adonde el destino no me lo permitiría con mis propias piernas. Fue esa mañana cuando le pregunté algo que me martirizaba y él jamás andaría con engaños.

Frida.– Papá, quiero hablarte de algo.

Padre.– (Voz grabada) Te escucho igual, ya termino de preparar estas pinturas. Acabo de comprar las mejores que hay en plaza.

Frida.– Papá... Siento como si parte de mi cuerpo se hubiera repartido en varios pedazos y cada una funcionara por su lado autónomamente. ¿Seré varias Fridas?... ¿Me estaré volviendo loca?

Padre.– Un poco se debe a la cantidad de calmantes que estás tomando diariamente para mitigar los dolores fuertes y por otro lado es tu maravillosa imaginación que va construyendo seres que, si bien representan a una misma persona, se manifiestan en forma diferente.

Frida.– Papá... ¿Tú crees que me seguirán mirando a partir de mi estado calamitoso?

Padre.– Creo que sí, porque yo te sigo mirando como antes.

Frida.– Tú eres demasiado contemplativo conmigo.

Padre.– Y los compinches de las cachuchas han demostrado también su cariño hacia ti... Pegándote miles de estampillas en el yeso.

Frida.– Es que ellos son fieles amigos.

Padre.– Y para qué quieres más que los fieles amigos. ¿Piensas en alguien en especial?

Frida.– A veces sí. Pero olvídalo.

Padre.– Pero no era eso solo que querías preguntarme. Algo hay además.

Frida.– Es algo terrible que me ha sucedido anoche. Pensé que no llegaré a tener hijos nunca más...

Padre.– (Silencio)

Frida.– ¿Me oíste, padre?... Que no seré jamás una madre... Que me transformaré en un trozo de carne moviéndose sin proyectarse. Que llegaré a odiar mis ojos, mis manos, mi pecho; porque a nadie podré dárselos... ¿Sabes qué sufrimiento?

Padre.– Sí, hija... Te escucho, pero más siento lo que dices.

Frida.– La soledad que me atrapaba quiso adueñarse de todos mis actos. Pero no debía permitir que me envolviera; debía luchar a brazo

partido como si me hallara en medio de un maremoto donde las olas como inmensos monstruos trataban de destruirme. Fue cuando apareció una visión, algo como si fuera un despertar. Un sol que cubría todo mi cuerpo. Como una estrella que se depositaba en mis ojos y al igual que una linterna, me iluminaba con un color azul todos los objetos y los seres que me rodeaban. Algo que se posesionaba de mí, en el pecho, sin palabras, sin formas; solo como un hálito. Había llegado una corriente de amor que me llamaba a un gran concierto con la vida. Ese día los médicos me autorizaron a caminar algunas horas en la habitación. El progreso fue en aumento y mis salidas igual. Escribí una carta porque la tristeza por momentos se asomaba y, como una bruja, me guiñaba su maldito ojo.

ESCENA VI

(Frida con un corsé blanco de yeso y un bastón se traslada lentamente a un escritorio, se sienta y empieza a escribir. Es de noche. Se oye música de bolero).

Frida.— (Escribiendo). Querido Alex: No sabes cómo te esperé el día que fijamos para vemos y al regresar a casa recibí tu carta desde Veracruz. A partir de esa lectura los ojos no pudieron cerrarse para dormir. Necesitaba tenerlos abiertos para imaginarme todo lo hermoso que hubiera sido nuestro encuentro, verte a mi lado, tocar tu rostro, mantener tus manos entre las mías. Pero poco a poco el sueño y los dolores me vencieron y fui en busca de ti entre las nebulosas del tiempo. Esa oscuridad que nos atrapa siempre en el sueño.

(Se pone de pie y ambula por la escena hasta detenerse ante una repisa con objetos artesanales).

Frida.— Nuestro amor, Alex, se iba perdiendo en la lejanía como esas imágenes que quedan atrás cuando viajamos a la provincia. Me quedaba su rostro y sus palabras, pero se había esfumado el amor lleno de planes y loco de proyectos. A los pocos días me enteré de que Diego Rivera estaba pintando en el centro de la ciudad un gran mural. Yo sabía ya de su arte, y me interesaba además conocerlo. Así que fui a verlo y lo primero que pasó fue chocar con su mujer, Lupe. Yo a su lado era una niña y le molestaba que fuera a distraer a Diego. Pero supe ingeniármelas para tener un diálogo con él, acerca de cómo preparaba sus pinturas y que me gustaría que un día yo le mostrara mis trabajos. Se entusiasmó y me dijo que con mucho gusto analizaría

mis pinturas, cosa que a Lupe la irritó de tal manera que de pronto vi que salió hecha una furia. Pasó el tiempo. Era frecuente que nos viéramos con Diego. Para eso me ayudaba y me apoyaba mucho y también empezó a fijarse en mí como mujer. Una tarde se presentó, sin que yo lo supiera, a visitar a mi papá. Aunque se conocían de antes, esa visita tenía otro sentido. Al verlo venir me escondí detrás de una cortina de la sala para escuchar el diálogo. Pero mí madre me descubrió fisgoneando y me sacó de una oreja. Me quedé con las ganas y, como mi madre también era muy preguntona, sobre las personas que visitaban a mi padre, se acercó a él y entonces me puse otra vez detrás de la cortina y escuché a los dos casi como peleando.

Madre.— (Voz grabada) ¿Cómo has dicho?

Padre.— (Voz grabada) Que el pintor Diego Rivera pretende a Frida.

Madre.— ¿Ese gordo...? ¿Te has dado cuenta quién es él?... Un comunista... ¿Y cómo nuestra hija se ha fijado en ese hombre? ¿No sabe que puede ser su padre?.

Padre.— Sí... Es mayor unos años que ella, pero en cuestiones de amor es mejor que no nos metamos.

Madre.— Pero escucha... A ti te pasan por encima las pretensiones de tus hijos... Pero a mí, no. Lo que no puedo entender es que se haya fijado en un comunista... Matan a los católicos... Tiran bombas... Destruyen a la familia... Son el diablo en persona... ¡Y nuestra hija con ese hombre! (Llora).

ESCENA VII

(Frida está dando una sus clases en la escuela La Esmeralda. Explica el sentido de la pintura. Las intervenciones de algunos alumnos estarán grabadas y se podrá simular el salón de clase y ella delante de una gran pintura. Se apoya siempre en un bastón para trasladarse. Su atuendo es, como siempre, vestimenta de indígena con collares de jade, pulseras y anillos artesanales).

Frida.— Les explicaba la clase anterior lo referente a la figura humana. Deben tener presente que dicha figura siempre ha aparecido, no solo en el arte, sino también en el hombre y ello ocurre desde los primeros tiempos de la civilización hasta nuestros días. Por ejemplo, Leonardo escribió un tratado en el cual señala que el centro natural del cuerpo es el ombligo. De hecho si colocamos a un hombre en el suelo boca arriba y con las manos y los pies abiertos y le ponemos la punta de un compás en el ombligo, trazamos una circunferencia que tocará tangencialmente los dedos de las manos y de los pies.

Alumno.— (Voz grabada) Maestra, según el esquema de Leonardo como lo estoy haciendo yo, ¿hallamos en el cuerpo humano una figura cuadrada?

Frida.— Exactamente y espero que todos lo hayan entendido así.

Otra voz.— (Grabada) ¿También Leonardo reprodujo al natural el esqueleto del hombre?

Frida.— No solo eso, sino que también se preocupó por mostrarnos la musculatura y los órganos del cuerpo humano. Por eso, a partir del desnudo, podemos construir un personaje.

Voz.— (Grabada) ¿Verdad, maestra, que el estudio del natural es la base del dibujo anatómico?

Frida.— Muy bien, Luis, el modelo vivo es muy importante; yo diría insustituible. Aunque sí diferente de estudiar anatomía y dibujar el cuerpo humano, pues a la vez es una forma de pensar y de ver las cosas.

ESCENA VIII

(Se oyen música de mariachi, algarabía, voces, cantos y chocar de copas).

Frida.— (Con traje muy sencillo: blusa y falda del mismo color) Al fin llegó el día tan ansiado para mí y también para Diego. Estamos en plena fiesta de casamiento. Lo triste es que de mi familia solamente ha llegado mi padre. Nadie ha querido venir a saludarnos. Tuve que pedirle a la sirvienta me prestara esta falda y me acomodé muy bien el aparato ortopédico que me ajusta el pie y lo disimulo perfectamente. Soy coqueta a pesar de mis desgracias y esta noche más que nunca quiero agradar a Diego. Aunque está allí entre sus borrachitos con el delirio máximo. Ya ni sé cuánto ha bebido... Recién, porque un pobre chavo se acercó para felicitarme y darme un beso, casi saca la pistola. Lo amenazó al que consideraba un intruso en nuestras relaciones... Fíjense bien, ¿qué haré yo cuando lo vea a él con sus modelos flirteando de aquí para allá?... Tendré que cargar una ametralladora de guerra... Lo más simpático fueron los testigos que hubo que convocarlos de apuro porque una vez que mi padre le dio el sí al gordo, corrimos para hacer todos los trámites. Así invité al peluquero de mi padre, a un señor homeópata amigo de Diego y al juez. Pero lo humorístico fue cuando mi padre se levantó, alzó la copa, ya muy borrachito también, haciendo pareja con Diego y dijo a todos:

Padre.— (Voz grabada) Silencio... ¡Por favor!... ¿No es cierto que estamos haciendo teatro...?

Frida.— Y cayó en mis brazos a llorar. Estaba emocionado al ver a su hija, que pocos meses atrás parecía imposible que pudiera llegar a casarse. Por la noche, nos quedamos en mi casa y al día siguiente nos fuimos a Cuernavaca para disfrutar esa alegría. Yo veía todo como una nebulosa que no me permite tener una clara idea de los objetos. Todo se convertía en una atmósfera y en esa atmósfera viajaba, llevada por Diego a quien se lo veía muy enamorado. Al menos así lo representaba. Era una comunión de alegría y tristeza que se fue conformando como un modo de vida a lo que yo llamaría a lo Frida. Era como una balanza donde uno sube y otro baja, pero que nunca se da en ambos platos en igualdad de condiciones la misma alegría. (Pausa). Diego empezó a trabajar y así se fueron sucediendo una serie de sucesos en los que no faltaban las agrias discusiones. Era el momento en que aún los dolores renacían y se apostaban en medio de mi pecho provocándome una gran opresión. Eso me ponía en desigualdad ante el gordo, que mostraba a las anchas sus dotes de hombre al que llamaban el elefante y a mí la paloma. No todo fue un mar de rosas. Porque tanto el hombre como la mujer no somos capaces de esperar la tragedia, pero ni siquiera la no felicidad. Ni tampoco, nos ponemos como Macbeth a mirar el bosque desde una montaña. Es que él no cree y por tal no teme. Pero yo me pregunto: ¿Se puede llamar a eso, temor, espanto?. Pero también y en eso me siento totalmente identificada, Macbeth no permite que lo venza esa fuerza y se defiende porque él quiere ser el más grande entre los grandes. Y siento que deseo poner mi pintura en una altura que se vea en toda magnitud mi sufrimiento y también mis ansias de vivir. En eso discrepamos con el gordo y esas discrepancias a veces se encaminan por el sendero de la política. Por ejemplo, ayer Diego me presentó a Modotti y luego de hablar y hablar sobre ideología marxista leninista, ¿saben que ella me convenció? Es una mujer que sufre y quizás por su forma de hacer y de pensar sufre más aún, porque tal vez ese sufrimiento nos va dejando cuotas de una materia imperceptible pero que se hace de acero en los que embisten a nuestra idiosincrasia. Un día nuestra discusión llegó a un grado de irritabilidad donde se conjugaban la histeria y el desprecio entre ambos.

ESCENA IX

Diego.— (Voz grabada. Está subido pintando sobre tablonos y de lo alto). Tú me reprochas que paso todo el día trabajando y, cuando llego junto a ti, estás molesta porque me ves cansado. Estoy pintando más de catorce horas al día. ¿Crees que eso no origina cansancio?

Frida.— No es eso lo que te cansa, sino que usas mucho tiempo en enamorar a tu modelo y sales con ella a tomar un café y me dices que estás trabajando. Creo que llegó el momento de decirnos las cosas claras. Tú no tienes nada que reprocharme a mí... Y si me enamoro de alguien es porque hay un vacío y ese vacío lo provoca tu ausencia.

Diego.— Tienes toda la libertad de hacer lo que desees.

Frida.— ¿Crees que una pareja puede disfrutar de una libertad ilimitada? Eso sería como si cada cual viviera su vida.

Diego.— Tú confundes la admiración con la conquista. Sabes además que rechazo el alma de Don Juan...

Frida.— Rechazas el alma de Don Juan aunque tienes el cuerpo de un Casanova y ojos de Don Juan, porque donde pones la mirada ahí van tus intenciones.

Diego.— Escucha, te propongo irnos a Estados Unidos. Allí me ofrecen un contrato para pintar en Detroit y en Nueva York.

Frida.— Empezarías tus romances con las norteamericanas. (Pausa). No comprendes aún que yo estoy hecha de amor, que necesito en cada instante la revelación, el augurio de un hálito amoroso, tierno, seductor... Eso, parece que lo ignoras.

Diego.— (Como si no la hubiera escuchado). Sólo para conocer a las norteamericanas.

Frida.— (Ahora se adelanta y ante el público). Era incorregible pero igual yo lo amaba. Vivía soñando todo el día con él. Cuando se acostaba a mi lado se encogía tan tiernamente que me imaginaba que tenía un feto a mi costado, porque se enrollaba como si tuviera temor de algún ataque.

Frida.— (Vuelve al diálogo anterior con Diego). A mí me suena un poco extraño que vayas a pintar bajo las órdenes de Rockefeller, un representante del capitalismo, siendo tú un comunista de hueso colorado.

Diego.— Yo puedo llegar al cielo y pintar a Dios a mi manera.

Frida.— Pero los capitalistas son mas duros que Dios, porque ellos te pueden hundir de la noche a la mañana.

Diego.— Tú no entiendes. Debemos hacer todo lo posible para que también en Estados Unidos se produzca una revolución como la nuestra. El socialismo derribará las barreras del gran fortín del capitalismo.

Frida.— Por momentos no eres más que un niño. No piensas en el poder que puede desplazar Estados Unidos para aplastar cualquier intento de subversión. ¡Cuántos casos de conatos de revolución fueron aniquilados y cuántos líderes murieron bajo las garras del infernal capitalismo! Recuerda a los mártires Sacco y Vanzetti.

Diego.— Se puede empezar la revolución por parte de los negros.

Frida.— Recapacita. El poder de la represión es muy grande, porque grande es el poder del dinero... ¡El señor dinero!... Y allí el dinero es lo que reina... Con una desigualdad social que me repugna.

Diego.— Yo podría contar al pueblo la historia verdadera del esfuerzo de otros hombres y mostrar cómo en la URSS, el obrero, el campesino, el estudiante y el militar se unieron para alcanzar la felicidad en un pueblo que estaba en la miseria más atroz bajo el zarismo.

ESCENA X

Frida.— (Vuelve a monologar ante el público). El ingenio de mi gordo, el inefable, no se detuvo y nos fuimos a Estados Unidos. Pero el resultado fue terrible. Le destrozaron los murales y él fue sindicado como un agente del comunismo ruso. Fue cuando le dije: Recuerda lo que dijo Marx; la producción capitalista es hostil a determinadas ramas de la producción intelectual como son el arte y la poesía. Pero no me hacía caso. (Pausa). Un día le pregunté cómo veía mis pinturas, pues tenía ciertas dudas en la forma como venía trabajando. Por momentos los dolores eran tan agudos que se me iba la imaginación y aparecían los eternos nubarrones de la angustia, la desolación y la desesperanza de ver todo color negro. Debía hacer un gran esfuerzo para reponerme. Y ese día, que estaba de buenas, me dijo, quizás para conformarme y alentarme.

Diego.— (Voz grabada). En el panorama de la pintura mexicana, así voy a empezar un artículo, tu obra brilla como un diamante entre muchas joyas menores.

Frida.— ¿Cómo ves mis autorretratos? Porque me encanta pintarme pero en diferentes horas del día. Creo que cambio varias veces a medida que avanza el sol hacia el crepúsculo vespertino.

Diego.— Lo importante es que tus autorretratos no son iguales nunca: hay siempre cambios, pero al mismo tiempo hay en ellos algo que perdura.

Frida.— Entonces, ¿es una pintura realista, mi trabajo?

Diego.— Desde luego. ¿Tienes aún alguna duda de que sea realista? Todo en ti es material, vital. La sangre que pintas sobre la mesa, las tinas del baño, las plantas y sus flores, todo es material.

Frida.— ¿Cómo la definirías tú? Porque tengo miedo de quedarme muda cuando tenga que responder en la exposición de París a las preguntas de los críticos.

Diego.— Tu arte es colectivo, pero al mismo tiempo individual. Yo creo que tu realismo es tan monumental que todo tiene varias dimensiones

y lo que más impacta de tus pinturas es que tú pintas simultáneamente el exterior de las cosas y no ocultas ni marginas nada que se te ocurra.

Frida.— (Vuelve al monólogo). Por momentos pensaba que su amor hacia mí, toda su complacencia hacia una persona que había quedado destrozada, lo llevaba, a mi querido gordo, a sublimar mis errores. Yo veía que a él lo hacía feliz cuando empecé a vestirme casi a diario con los atuendos de nuestras indígenas y a enojarme hasta los dedos de los pies. Cosa que le causó mucha gracia por la originalidad para mí. Esa ropa significaba un lenguaje; pero al mismo tiempo una forma de presentar una imagen. Así me veía al ponerme esas prendas, integrada a mis raíces, aunque corriera por mis venas un poco de sangre alemana. (Pausa). Por momentos escucho reproches de que soy muy extravagante porque uso todos los objetos de adorno en mi cuerpo. Es que tener un cuerpo aunque tan gravemente impactado, solo puede darse el lujo de usarlo al máximo y no dejar, como cuando pinto, un solo milímetro sin utilizar. Pero mis dudas sobre la pintura que hago no estaban en el fondo originadas por mí misma. Un día me presentaron a André Breton, el propulsor del surrealismo y tuvimos una conversación muy dura, ya que él quería imponer un sello a mi pintura que yo no veía.

ESCENA XI

(Ambiente de café. Brumas de cigarrillos, murmullos, música de fondo, etc. Algunas sillas en penumbra y Frida está de frente al público sentada ante Breton quien da la espalda).

Breton.— (Voz grabada). Yo quiero concretar la posibilidad de la cual ya le he hablado de montar una exposición en París.

Frida.— No tengo suficiente material y el que dispongo no lo quisiera exponer en Europa.

Breton.— Yo creo que su pintura se encamina hacia el surrealismo. Ud. ha dado un salto muy impactante.

Frida.— Yo no sé si es surrealista. Por lo que veo creo que Ud. quiere embarcarme en su teoría.

Breton.— ¿Por qué no comparte esta corriente?.

Frida.— La doctrina política que Ud. defiende y enarbola a todos los vientos me parece inútil y hasta (pausa), cómo le diré, un tanto aburrida.

Breton.— Pero Ud. juzga desde su punto de vista. Lo importante es comprobar cómo su pintura está más cerca del surrealismo que de otra corriente.

Frida.— Es probable... Quizá sea el subconsciente... No lo sé explicar.

Pero téngalo por seguro que no me va a convencer.

Breton.— Yo le demostraré con el tiempo que su pintura está proclamada hacia la corriente surrealista.

Frida.— ¿Sabe una cosa?... Ud. llámela como quiera, pero sepa que yo pinto por necesidad.

ESCENA XII

(Frida en su monólogo). Está pintando sentada en un sillón de ruedas.
(Como siempre frente a ella la ventana y detrás los árboles)

Frida.— Ayer terminamos el trabajo en la pulquería La Rosita, después de muchos problemas, polémicas, broncas fuertes y renunciaciones entre los muchachos que tan fielmente me acompañan. (Da unos pincelazos y dirige su sillón hasta ponerlo frente al público). Hicimos un trabajo, después de todo, con mucho amor, si bien no faltaron las reyertas. Era porque yo quería hacer otras cosas en las pulquerías, ya que estaba un poco cansada de hacer naturalezas muertas con modelos que yo llevaba de mi casa a la escuela. Como teníamos una buena colección de figuras precolombinas en barro, me trasladaba con algunas de ellas. Hasta que un día dije: basta. Yo quería explicarles a los muchachos que la pintura mural es la expresión más positiva del momento pictórico que se vivía en el país en ese momento. Por eso nos reunimos los cuates y allí empezamos a darles un nuevo color a las pulquerías. Allí concurrían, principalmente a La Rosita, poetas, músicos, periodistas y toreros, así como autoridades municipales. Todos entusiasmados que se cambiara la cara a la pulquería. ¡Oh! ¡Qué hermoso es recordar y tener presente, por ejemplo, unos versos a manera de corrido que me hicieron mis cuates!... (Pausa). Dice así: “Doña Frida de Rivera, nuestra maestra querida, nos dice vengan, muchachos, que yo les mostraré la vida”... (Cambia). Bonito ¿verdad? y muy emotivo... Uno de los cuates le puso música... ¡Ah! ¡Ahora recuerdo otros versos... “La pulquería La Rosita fue la primera en pintarse quedando tan rebonita que ya han de imaginarse. Antes tan mal se veía, que no podemos negar, cuando se empezó a pintar (alguién la va acompañando en guitarra, música de corrido) comenzó a ser pulquería”. (Cambia). En realidad, ¿qué buscaba yo en las pulquerías? Primero, despertar en los alumnos de la escuela el interés por hallar en el pueblo las raíces de nuestra tierra. Pero lo más interesante es que los temas mostraban una fina ironía, ya que

la ironía es la esencia de esta manifestación plástica. Me encantaba porque allí, además de los intelectuales de turno, llegaba gente proletaria. Desde luego no faltaron quienes criticaron el trabajo, ya que para ellos las pulquerías constituían una vergüenza para México. Y eso no respondía a una sola voz aislada sino que se unieron para dar paso a los dizque llamados decoradores de origen y procedencia mediterránea—como decía Diego—defendiendo las pulquerías. (Ahora se va desplazando por el escenario de un lado a otro en un sillón mientras sigue el monólogo). El tono de la pintura es alegre y es como la tragedia; porque todos los días se mezcla con la ironía, que es la vacilada nuestra. Porque no crean que había anécdota en sus rasgos, sino formas puras y responde a lo que es el mexicano; un colorista, como es colorista la cocina de nuestros hogares. Es una pintura que decora no solo la fachada sino también el interior con los elementos humanos y materiales que conforman esa alegre, bulliciosa y sincera pasión del bebedor.

ESCENA XIII

(Frida sentada en su sillón ante una mesa escritorio escribe una carta).

Frida.— ¡Oh!... ¡Las cartas!... Jamás se alejarán de mi mente. Me resulta doloroso volver al pasado... ¡Oh!... Si les contara... (Cambia) cuando estuve en Estados Unidos, sola, ya que nuestra relación con Diego había dicho basta, pues era necesario tomarnos un descanso a nuestras continuas reyertas, que a veces llegaron al paroxismo de la histeria. Fue un trato de caballeros... Quedé en la soledad más opresora... La falta de amor, de ternura. Sentarme ante la paleta y los colores y no escuchar una voz humana en el silencio de la casa. Sin tener una mano que pose su calor sobre mi piel y que mis labios se entreguen al vacío es atroz... Yo caminaba entre espinas y necesitaba que alguien me sustrajera de ese infierno. Así nació mi amor hacia Nick... Con sus cartas... (Pausa).

Nick.— (Voz grabada) Querida Frida... Por nuestra separación no estoy enojado ni por tu repentina salida de Nueva York: sufro la infelicidad... Sé que algo muy profundo con raíces diferentes te reclamaba principalmente para el amor hacia Diego. Lo nuestro fue temporal y sabía que allá en México esperabas el paraíso y espero, ese es mi gran anhelo, que lo encuentres intacto, que nada haya cambiado y que seas nuevamente feliz. Cuando un día en pleno paseo por el parque vi tus lágrimas advertí que eran gotas de sangre que se derramaban sobre

tu pecho por la desesperada lucha que estabas librando a mi lado con los recuerdos de México. (Pausa).

Frida.— Querido y jamás olvidado Nick. Me doy plenamente cuenta de que el sufrimiento es mutuo y que comprendiste cómo yo estaba atada a mis raíces y necesitaba volver a llenar lo que constituye mi vida entera. Allá, tu figura llenó también espacios, colmaste de amor y de ensueños los momentos que hemos vivido y que nadie podrá interponerse a que los recordemos con la misma intensidad como los hemos vivido. Te amo... Mi pasión se refleja en mis pinturas y ya verás por el autorretrato que te envío, cómo está marcado mi rostro por la ausencia y por el despojo que el destino acomete en los momentos más trascendentales. Te amo. Eres la persona más dulce del mundo. (Pausa).

Nick.— (Voz grabada). Querida Frida: Mi amor no ha cambiado en nada hacia ti. Cada vez que poso los ojos sobre tus pinturas te apareces como un ángel y me abrazas con la incandescencia de tu amor... No dejes de escribirme... Quiero saber de ti... ¿Cuál es el dolor más sublimado que has logrado a tu regreso...? Te amo. (Pausa).

Frida.— Esta mañana, después de esperar en vano, llegó al fin tu carta... Y mi alma se transformó en eso que dices un ángel y ese ángel empezó a temblar de emoción hasta que se desencadenó un mar de lágrimas... Parecía que mis manos sentían tus palpitations y tu cuerpo se posaba en toda la extensión de mi piel. ¡Cuánto nos hemos amado y cuánto nos queda por recordar! Estoy como una criatura escolar que ha cometido una travesura que luego no deja de pensar que la ha hecho con gusto... ¡Cuánto calor tiene el recuerdo! Pero al mismo tiempo ¡qué potencial desplaza sobre nuestros sentimientos...! (Suena el teléfono y con su sillón se dirige y atiende). Sí... Soy la señora Frida de Rivera... ¡Ah! Mucho gusto, coronel... Pero ¿por qué?... Jamás hemos estado vinculadas a esos asuntos ni mi hermana ni yo. Además no perdería el control en embarcarme en sucesos de esa clase... No... Menos aún... Buenos días. (Cuelga. Se pone delante del público). Lo que me faltaba: nos reclama para una investigación a Cristina y a mí sobre lo sucedido en la casa de Trotsky... ¿Qué tengo yo que ver con la locura cometida por Siqueiros y un grupo de policías...? Me habla de la participación de Diego... Cuando él es ajeno a un hecho de esa naturaleza... y más con Trotsky, ya que, si bien ahora sus relaciones se han cortado, ellos fueron buenos amigos... (Suena en la puerta una serie de golpes. Frida se dirige en el sillón).

Voz.— (Grabada). Señora Frida, el coronel reclama su presencia en la delegación para hacerle una serie de preguntas relativas...

Frida.— (Molesta). Sí. Ya sé, sobre el asunto Siqueiros... Dígale al coronel que yo no me muevo de mi casa...

Voz.— Señora, tengo orden de llevarla detenida en caso de que se oponga...

Frida.— Esto es un atentado a la libertad del hogar... ¡Cómo se atreven a venir a buscarme por sospechas de que estamos implicados en ese asunto! Es absurdo... ¡Por favor!

Voz.— Señora, le pido que nos acompañe.

(Frida va hacia un perchero, retira un reboso, se lo pone sobre el cuerpo y sale)

ESCENA XIV

(Habitación muy sobria, una mesa detrás de la cual el coronel casi en penumbra se ve como silueta y Frida ante él sentada en su sillón de ruedas).

Coronel.— (Voz grabada) Señora Frida. ¿Cuándo conoció Ud. a Mercader?

Frida.— Fue en París.

Voz.— ¿Con qué motivo viajó Ud. a París? ¿Para verse con Mercader?

Frida.— Me invitaron para montar la exposición de mis pinturas.

Voz.— ¿En esa organización de la exposición figuraba el señor Mercader?

Frida.— No, la organizaba un grupo de intelectuales franceses a cuyo frente estaba el poeta André Breton.

Voz.— ¿El señor Mercader se presentó como periodista?

Frida.— Sí... Quería hacerme un reportaje sobre mis cuadros.

Voz.— ¿Se acuerda usted de la revista o periódico?

Frida.— Tengo mala memoria y, además, siempre me están haciendo reportajes.

Voz.— ¿Una vez finalizada la exposición se siguió viendo con el señor Mercader?

Frida.— Sí, entablamos una relación amistosa.

Voz.— ¿El señor Mercader manifestó en algún momento su deseo de visitar México?

Frida.— Sí, quería conocer México, pues le atraía nuestro folclore, del cual yo le había hablado mucho.

Voz.— ¿El señor Mercader era comunista o trotskista?

Frida.— No lo sé. No hablamos de política sino de arte.

Voz.— ¿Mercader no manifestó en algún momento conocer a Trotsky, ya que el líder ruso se había alojado en su casa?

Frida.— Él quería venir a México y, como periodista, quizá pensaría hacerle un reportaje a Trotsky.

Voz.— ¿Acaso usted se lo sugirió?

Frida.— No sé... Quizá fueran deseos de él pero no lo manifestó.

Voz.— ¿Ud. había terminado totalmente su relación con Trotsky?

Frida.— Sí, porque discrepábamos políticamente y yo no podía afiliarme al partido de Trotsky sin estar convencida.

Voz.— Disculpe, señora Frida, que la abrume con estas preguntas, pero hay algunos datos no muy precisos.

Frida.— (Molesta). Por favor, coronel, comprenda que soy una mujer inválida y que en mi casa han quedado los hijos de mi hermana sin cuidado... ¡Es inadmisibile!

Voz.— ¿El señor Diego Rivera tiene una camioneta grande, de color azul?

Frida.— (Molesta). Sí... Es para nuestras excursiones a los estados.

Voz.— ¿Usted sabe por qué Diego entregó la camioneta al señor Siqueiros para usarla como transporte de los policías que cometieron el asalto a la casa de Trotsky?

Frida.— No lo sé. Diego jamás presta a nadie su camioneta.

Voz.— ¿Ud. no oyó cuando en la madrugada se llevaban la camioneta?

Frida.— Tengo un sueño muy profundo a consecuencia de las pastillas que debo ingerir para calmar los dolores.

Voz.— ¿Ud. invitó a Mercader a su casa, varias veces?

Frida.— Como había sido tan gentil en hacerme varios reportajes, me vi en la necesidad de agasajarlo en mi casa.

Voz.— ¿Tiene copia de esos reportajes?

Frida.— No. Soy muy despreocupada por los artículos que salen sobre mí... Debería tener un archivo que me ocuparía mucho lugar.

Voz.— ¿Donde se alojó Mercader, en su casa o en un hotel?

Frida.— En un hotel.

Voz.— ¿Sabe que hotel?

Frida.— No.

Voz.— ¿Cuándo se enteró de la muerte de Trotsky?

Frida.— Me informó una vecina.

Voz.— ¿Qué le dijo la señora vecina?

Frida.— Que había mucha gente en la casa de Trotsky, periodistas, curiosos, ambulancias y policías.

Voz.— ¿A Ud. que había tenido relaciones amistosas con Trotsky, le afectó su muerte?

Frida.— Me afectó la muerte del hombre que había conocido.

Voz.— ¿Lamentó la muerte del político?

Frida.— (Queda en silencio).

Voz.— ¿Se acercó a la casa de Trotsky para enterarse de lo que había sucedido?

Frida.— (Queda en silencio).

ESCENA XV

(Frida viene avanzando de un cono de sombra hacia el proscenio, donde quedará apoyada en su bastón y con atuendo de tehuana. Al iniciar el monólogo, iluminación total pero por la parte posterior. (Se oye al fondo suave música de balalaika).

Frida.— A veces me pregunto: ¿por qué hablar de mi relación con Trotsky? Desde luego que ustedes podrán decirme: nadie más que tú que lo conociste bien, está en condiciones de dar otros detalles de la vida personal o emotiva. Bien, yo contestaría que al principio esa pregunta puede parecer sencilla, pero para quien aparece como protagonista en esa relación, como en mi caso, el asunto no es tan sencillo. En cambio, (rie) yo les preguntaría a ustedes en tren de sinceridad sobre la relación, que ha sido llevada y traída al gusto del consumidor, qué obligación tengo de hablar de lo que a mí me envolvió en vibración que jamás se puede repetir. Claro, quieren conocer los detalles de lo que hubo en esa relación, ¿cómo diré? un tanto exótica. Él, un hombre de mundo; con laureles en el pecho y una personalidad que irradiaba llamaradas de ideas, recuerdos, pasajes de una revolución que aún sigue asombrando al mundo, y yo, joven, atrapada por el amor de Diego, profundamente enamorada de su arte... (sonríe) no así de sus simpatías por el Trotskismo. (Cambia). Tan cambiante mi hermoso gordo. Yo, tras él en una sed de ternura que a toda hora y cuando más lo reclamaba se me escabullía entre las faldas de alguna modelo... Bueno, es un decir, porque más le gustaba pintar desnudos que vestidos. (Pasea armoniosamente a pesar de su renguera y desde un ángulo). No sé cómo empezar. La vida entre un hombre y una mujer (toma de un florero dos flores y las junta en un haz, lo mantiene en una mano, luego extiende el brazo y las contempla) es una cosa estrictamente personal... Es la gente quien la transforma en vulgaridad, porque se comienza a deformar la esencia de esa amistad. (Empieza a deshojar las flores totalmente). Lo mismo sucedió con la amistad que mantuve mientras viví en París, con quien algunos años después cometería el crimen de la historia, matando a León Trotsky. La amistad con Mercader fue accidental. A instancia de Diego me sugirió que atendiera la invitación de André Bretón, de

montar allá mis cuadros luego del éxito que había tenido en Estados Unidos. Y fue cuando entré en contacto con Mercader, cuyo verdadero nombre de *pila* lo escondía para hacerse llamar Jack Mornard. En ese entonces trabajaba como periodista y se dedicaba –según él– al arte latinoamericano. Desde luego que, como en el caso de mi relación con Trotsky, llovieron a raudales los rumores; al grado que se comenzó a decir que yo había hablado del crimen con Mercader en mi estadía en París y se rumoreó que yo me había enamorado de él. Cuando regresé a México, ustedes se preguntarán si le informé a Diego; sí, se lo dije. Gran celoso el gordo de mi alma, me reclamaba a gritos fidelidad... (Sonríe). A mí, el burro hablando de orejas, y me acorraló a preguntas. Me sentí molesta pues le dije en un tono severo: tienes el rostro para hablar de esa manera como un vulgar celoso, ante quien, como yo, debe aguantar todos tus romances y tus correrías. (Se pasea y se sienta en un sillón hamacándose). Esa escena, créanme, desencadenó una tormenta pero política, como era de esperarse. Me acosaba como en un interrogatorio y cada una de sus preguntas era como una aguja que se hundía en mi pecho. Ya en el colmo de mi paciencia, le grité: (cambia de tono) Piensa, si quieres, en la posibilidad de que me haya acostado con Mercader; piénsalo, pero ten por seguro que de mis labios no saldrá más que la verdad de los hechos. (Pausa, se arregla el collar de jade, se mira sus anillos y levantando la cabeza prosigue como recordando amorosamente). ¡Ah!... Mi amistad con León Trotsky: yo lo visité varias veces en Pachuca... ¿Saben con qué excusa? Pues para llevarle medicamentos. Estaba enfermo y era una buena oportunidad para estar a su lado. Ustedes se preguntarán por qué no se los llevaba Natalia. Bueno, ahí está el detalle. Yo esperé siempre el momento oportuno. Natalia vivía con Trotsky en nuestra casa y la venida de León a Pachuca fue por un distanciamiento entre ellos (cambia)... No... No me pregunten si fue a causa de nuestra relación... Porque al principio Natalia ignoraba todo... Después, creo, se dio cuenta. Ella era una mujer enferma, había sufrido mucho. Imagínense a la compañera de un hombre como Trotsky, tan febrilmente dedicado a la política. Ella debió recibir los coletazos de sus problemas. Creo que están pensando si yo me transformé en una ferviente admiradora política de su ideología. Todo lo contrario. Pero, ¿quién no deja un momento (se pone de pie y se desplaza) la política y se dedica a contemplar las profundas reacciones emotivas de un líder tan importante como el creador del ejército rojo? (Pausa y cambia). Yo hago oídos de vendedor a lo que mis amigos –chismosos ellos– me dicen de esta amistad. Se llegó a

decir que yo, tarde o temprano, habría de participar en la corriente de la cuarta internacional que dirigía Trotsky: ¡Qué disparate! ¡Jamás! (Pausa). Yo admiré la riqueza de sus ideas, la forma maravillosa de describir los lugares por donde había estado como exiliado. Punto por punto me relataba los detalles de una hermosa isla llamada Prinkipo, donde se refugió de la persecución de sus enemigos... Que sin nombrarlos se imaginan quiénes eran. Eso fue lo que yo comprobé en él y eso me subyugó. Su don de narrar, de explicar minuciosamente como un gran maestro los mínimos detalles del marxismo como si yo fuera su alumna. (Se vuelve a sentar en el sillón). Hace poco, un viejo amigo me preguntó qué fin corrió la correspondencia que nos habíamos cursado en los últimos tiempos de nuestra relación. ¡Ah! Yo creo que ustedes también habrían de formularse esa pregunta. Pero en fin... Les diré. (Cambia). En lo que concierne a las cartitas que yo le escribía a escondidas de Natalia, un día me dijo Trotsky:

Trotsky.— (Voz grabada, casi lejana). Las cartas que me has escrito hasta ahora debería quemarlas para que un día no llegaran a Natalia. Pero tengo yo derecho a incinerar el amor que tú me has dispensado ante un arrebato de suprema seguridad? Por lo tanto, querida Frida (Frida baja la cabeza y la esconde entre sus manos. Actitud de angustia) ¿sabes que he planeado? Las esconderé en la torre de mi nueva casa, allí donde hay un águila que simboliza el emblema de tu estirpe...

Frida.— (Se mantiene en la misma posición y luego, como saliendo de un letargo, suspira, se arregla el pelo, se limpia las lágrimas y prosigue el monólogo). ¿Qué me dicen del agudo sentido de la perspicacia para ahondar ese tiempo de detalles emotivos? (En actitud de alborozo se pone de pie).

Trotsky.— Allí estará junto a mí y una vez que me llegue la muerte y puedes imaginar que esa muerte estará signada por la mano de Stalin, en esa casa futura, me encontraré cara a cara con tus cartas...

Frida.— (Vuelve como de un mundo de pesadumbre y angustia y se arroja al sillón). Hablaba como si estuviera haciendo su testamento. (Cambia). Recuerdo sus últimas palabras que se grabaron en mi alma con la misma tenacidad de su sentido, cuando sentenció:

Trotsky.— Quien osara violar ese recinto cometería una profanación imperdonable...

Frida.— (Se pone de pie y ante el público). Créanme, pues de noche no pude cerrar los ojos. Pero les diré: cuando mis amigos se enteraron de esta relación, me la reprocharon debido a mis simpatías por Stalin. Y digo que hoy lo sigo haciendo con la sinceridad y dureza que me

caracteriza. (Pausa). Una tarde, cuando ambos dábamos el paseo acostumbrado por Pachuca, al atardecer (ella comienza a caminar muy lentamente, se diluye leve la luz) le pregunté por qué existía nuestra relación si él era un hombre tan, pero tan ocupado en la política. A lo cual me respondió una vez más que había un ser humano en esa complejidad y lo hizo con estas palabras: (Voz de Trotsky, casi lejana). “No solo de política vive el hombre, querida Frida”. (Frida emocionada). Y mirándome tiernamente me besó la mano, porque decía que con ella alcanzaba a recrear un mundo jamás admirado en otros artistas. (Cambia). La tarde se entregaba plácidamente a la noche y advertía que en los colores mezclados en los atavíos que cubrían mi cuerpo se me antojó la llegada de una bandada de quetzales volando por las serranías del Anáhuac. (Frida vuelve a apoyarse en el arco de la ventana y se ve plena ya la noche. Sube fuerte la música de balalaika).

TELÓN